



Jens Liljestrand
Mientras todo arde

DESTINO

Mientras todo arde

Jens
Liljestrand

Traducción de
Ivette Miravittlas

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1613

Título original: *Även om allt tar slut*

© Jens Liljestrand, 2021

Published by agreement with Ahlander Agency

© por la traducción del sueco, Ivette Miravittlas, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2023

ISBN: 978-84-233-6361-2

Depósito legal: B. 8.422-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

I

El primer día
del resto de tu vida

La última vez que fui feliz estábamos en una tienda. El cierre por la pandemia al fin había terminado, así que metimos a los niños en el coche, dejamos atrás la rotonda donde está Ikea, luego una tienda de electrónica, otra de electrodomésticos y un gran supermercado, hasta llegar a la que ella había encontrado: la última tienda física de ese tipo de trastos, ahora que todo se vende por internet. Queríamos plantarnos allí en persona, verlo con nuestros propios ojos, embriagarnos del deseo de la llegada de nuestro bebé.

Carola estaba de pie en la sección de los carritos y miraba perpleja, como quien entra en el santuario de una religión que, si bien es cierto que conoce, jamás ha profesado. Caminaba con andar pesado y bamboleante mientras los niños corrían de acá para allá entre los estantes, entre peluches y mantas de color azul pastel y rosa flamenco, y cambiadores, y cunas, y camas; chupetes, aceites y botellas, sacaleches y sujetadores, blusas de crianza y butacas de lactancia. También había juguetes didácticos de madera, monitores electrónicos con los que se podía oír si el bebé se había despertado u observarlo mientras dormía, y leer la

temperatura y el nivel de dióxido de carbono en el ambiente.

De pronto los niños se frenaron en seco en medio de la tienda.

—¡Hala! —exclamaron—. ¡Hala, mira!

Señalaban hileras de bodis monísimos, y gorros y calcetines, tan pequeños que costaba creerlo; había una vulnerabilidad casi insoportable en aquellas piezas de ropa diminutas. Acariciaban las telas, hundían la nariz en ellas y olfateaban como si fueran bebés de verdad, como si su hermanita ya estuviera entre nosotros. Y nosotros nos mirábamos por encima de los estantes y sonreíamos, satisfechos de haber ido a esa locura de zona comercial, de haber llevado a los niños hasta allí para que lo vieran con sus propios ojos, y que sintieran en las yemas de los dedos esa brisa sedosa que al cabo de poco iba a barrer nuestras vidas y a cambiarlas para siempre. Y me oí a mí mismo decir:

—Coged lo que queráis.

Mi familia me miró un tanto confusa. En realidad solo habíamos ido allí a echar un vistazo a un carrito para tener algo con lo que comparar a la hora de mirar los de segunda mano, como siempre hacíamos, y a Carola le dio tiempo de decir algo sobre nuestra huella de carbono y sobre una prima suya que tenía una niña a quien pronto le quedaría pequeña la ropa, pero yo me limité a decir:

—Por favor, solo hoy, por favor, por favor, coged lo que queráis.

Ella se quedó allí inmóvil, llena de impotencia, mirando a los niños mientras abrían los ojos como platos y, entre exclamaciones, colmaban manos y brazos con mantitas de seguridad, fulares portabebés y un gran gimnasio de actividades de cachemir gris azulado. Al

final empezó a mirar a su alrededor y le preguntó a una dependienta por los pañales de tela y de material ecológico, la ropa de comercio justo y con compensación climática, si había barreños un poco «menos» de plástico, de dónde era el algodón de aquel bonito cojín de topos... Todo lo que ella quería era el doble de caro que el resto, pero yo me limité a reírme y fui a buscar unas cestas de la compra y, en un momento en el que ella no miraba, eché mano del móvil y transferí más dinero.

Una vez que llenamos las cestas y nuestro amor por las cosas tiernas y monas quedó completamente saciado, ella y yo volvimos a la sección de los carritos de bebé. A estas alturas ya no veíamos más opción que el modelo francés de lujo que ocupaba el primer lugar en la clasificación de la asociación de consumidores y que contaba con un chasis que habían tardado cinco años en desarrollar. Elegimos las telas para el capazo flexible y la capota y la protección para la lluvia; elegimos soporte para el móvil, la taza y la bolsa; elegimos todos los extras posibles.

La dependienta lo fue marcando todo en caja y, de alguna forma misteriosa, se las apañó para encontrar una manera sutil de formular que podíamos devolver el cochecito y recuperar el dinero si «algo pasara» y, a pesar de su tono despreocupado y jovial —«solo tendríais que presentar un certificado médico de nada»—, fue como si todo se detuviera. Ante nosotros visualizamos la sangre en la taza del váter, un ensordecedor trayecto en ambulancia, un ataúd de bebé, un ginecólogo mayor y lleno de arrugas limpiándose las gafas e imprimiendo «un certificado médico de nada», tener que volver allí, tener que llevar de vuelta a ese grotesco templo del consumismo el cochecito con las telas de

diseño y los detalles de cuero color coñac del mango. Y oí que ella susurraba en el vacío:

—Lo tendrá que hacer mamá, si eso.

Sin embargo, aquella ansiedad se fue aplacando, también ese momento pasó, y así solo quedó el importe, las cifras en la pantalla de la caja registradora; una cantidad un poco superior a lo que me había costado mi primer coche.

—¿Queréis pagarlo a plazos? —preguntó la mujer con una sonrisa radiante, tentadora.

Yo eché un vistazo en derredor y vi por primera vez a los otros padres —el joven hincha estresado con la camiseta de su equipo de fútbol, el inmigrante vestido con el traje arrugado, el hombre de la casaca de cuero y las gafas enmendadas con celo—, y comprendí que así era como funcionaban las cosas. La gente tenía que endeudarse para este tipo de asuntos; solicitar créditos de bancas telefónicas, pagarlos con intereses, gastos de apertura, penalizaciones por demora. Allí estaban ellos, hacinados en sus barrios de las afueras, pagando el crédito por los peluches, las mantitas y los cochecitos a golpe de nómina, y sentí que el orgullo crecía en mi interior.

—No, no —respondí alargándole la tarjeta—. Lo pagaré todo al contado.

Y Carola, que estaba de pie a mi lado, me puso la mano en la frente, como si tuviera fiebre, y murmuró que podíamos mirar en otros sitios, que quizá podíamos encontrar un carrito de bebé casi nuevo en internet, pero lo único que yo sentía y oía eran sus manos en el pelo, los dedos en la nuca y un:

—¿Seguro? ¿Estás seguro?

Me estaba tocando, por fin me tocaba; no recordaba la última vez que lo había hecho.

—Tranquila, cariño, yo me encargo.

Tampoco me acordaba de su manera de mirarme, de aquella persona que yo era en ese momento a sus ojos, cuando todo había sido perdonado, cuando todo era perfecto y, joder, más que merecido.